LA LIBRERIA.

DRAMA EN UN ACTO,

POR

DON TOMAS DE IRIARTE.

PERSONAS.

El Librero, hombre pacífico.
La Tia Nicolasa, su esposa: vieja de mala condicion.
Feliciana, Sobrina del Librero: muchacha bien criada.
Fermin, mancebo del Librero, y amante de Feliciana: mozo honrado y hábil.
D. Silvestre, ricote ocioso, y de pesadísima conversacion.
D. Roque, poeta estrafalario.
D. Isidro, mozalbete medio majo, y frecuentador de casas de juego.
Un hombre, que entra una sola vez en la librería.

ESCENA PRIMERA.

LA TIA NICOLASA Y FELICIANA.

El Teatro representa una Librería con mostrador á la calle, una mesa con recado de escribir, sobre la qual habrá un monton de libros: algunos de ellos en el suelo, y sembrados por las sillas. La Tia Nicolasa y su Sobrina Feliciana están sentadas junto al mostrador con almohadilla de labor; y la Sobrina canta esta seguidilla:

Para el mal de la ausencia
Dicen que sirve
De alivio el ser mudable;
Mas yo soy firme.
Ausencia es ayre,
Que apaga el fuego corto,
Y enciende el grande.

Nicol. Ya me va enfadando un poco la manía de esta muchacha.

Felic. Por qué, Tia?

Nicol. Porque no sabes coser si no estás alborotando la casa con tu canticio.

Felic. Pues acaso estorba la garganta á las manos?

Nicol. Ya te he dicho que quantos pasan por la calle reparan que casi son mas tus seguidillas que

tus puntadas. Las niñas han de tener mas recogimiento.

Felic. Qué mas recogida quiere usted que esté? No dirán que soy de aquellas que se pasan todo el dia colgadas al balcon.

Nicol. Pero estás aquí en una tienda, que toda ella es ventana.

Felic. Quien tiene la culpa de eso es mi Tio, que sale á sus diligencias, y nos dexa cuidando de los libros.

Nicol. Pues qué? ha de dexar la Librería abandonada?

Felic. No; pero pudiera no haber despedido al mancebo, que á la verdad hace tanta falta que...

Nicol. Calla, calla. Si se le despidió, sus razones hubo para ello. ¿Me quieres enseñar tú á mí las precauciones que se deben tomar en casas donde hay muchachas solteras?.. No me hagas revolver cuentos viejos; porque como soy Nicolasa...

Felic. No se irrite usted, Tia. Usted se figuró que Fermin, el mancebo que teníamos, pensaba casarse conmigo; y esto bastó para que antes de ayer se le despachase á instancias de usted, habiendo tantos años que trabajaba en casa, y siendo tan querido de mi Tio por su buen genio, hombría de bien, y habilidad en su oficio. No ignora usted que es hijo de muy buenos padres, que tiene parientes muy bien puestos, que cursó sus estudios en Alcalâ, y que solo la cortedad de sus medios le ha reducido á elegir la profesion de Librero.

Nicol. Eso es: alábale, hazle la relacion de méritos, y aboga por él; que, por mas que lo sientas, no ha de volver á casa, ni siquiera por visita de cumplimiento.

Felic. No debo de sentir mucho su despedida, quando estoy cantando.

Nicol. Es que en tí es costumbre tan envejecida el seguidillear, que aunque me vieras de cuerpo presente, habias de estar gorgoriteando.

Felic. Estimo yo á usted mas que todo eso; y no soy tan ingrata á los favores que la he debido. Usted me traxo á su casa quando quedé huérfana: ha cuidado de mi educacion; y además de esto...

Nicol. Todavía no sabes, Feliciana, el beneficio que hoy quiero hacerte, mayor que los pasados. Bien has visto quanto te estiman algunos sugetos que concurren á esta Librería. Qualquiera de ellos se alegraría de que yo le ofreciese tu mano. Ya conoces á D. Silvestre que es de los Tertulianos mas antiguos...

Felic. Ay, Señora! Y cómo que le conozco! Es un ricacho ocioso, pesado en la conversacion, que en empezando un cuento, no acierta á acabarle, y que á todos pudre la sangre con los estribillos, muletas y refranes que ensarta.

Nicol. Tú no sabes mas que poner faltas. Ya has tratado tambien á D. Isidro.

Felic. Y porque le he tratado, sé que es un mixto de Usía y majo, gran frecuentador de casas de juego, y sobre todo, el mayor porfiado que se conoce. Rabia por apostar sobre qualquiera vagatela; á to-

dos contradice; y en fin, Señora...

Nicol. Qué reparona eres, Sobrina! Pues qué dirás de D. Roque?

Felic. Lo que todo el mundo sabe. Que es un coplista de oficio (ó como otros le llaman, poeta) y que siempre anda tan distraído pensando en sus décimas, que apenas se le puede hablar, porque no responde con concierto. Sobre que va por la calle hablando solo, manoteando, y haciendo visages...

Nicol. Ay, ay! qué delicada que se me va haciendo la niña! Feliciana, tú tomarás el novio que te den.

Felic. Sí, señora. Yo obedeceré á usted en este asunto como en todos; pero usted me propone esas bodas, y mi Tio por otra parte me ha dicho que pensaba hablarme de otra quanto antes.

Nicol. Fíate en promesas de mi marido. Aquel? Buena traza! Seis meses ha que está diciendo que ha de darte estado; y todavía no acaba de determinarse. Si se acordará de eso hoy cabalmente?

Felic. No habrá querido partir de ligero; porque es prudente...

Nicol. Porque es un pelmazo; y ya que él se duerme, yo quiero casarte luego, luego, para enseñarle á resolver las cosas con actividad. Gasta mucha paciencia. Considérate tú que desde acabado de comer que salió, todavía no ha vuelto... Yo queria ir un instante aquí á las quarenta horas; pero como no parece... No, no: yo no me he de quedar sin rezar. Tú cuidarás entretanto de la tienda; y yo rogaré á Dios que te haga buena, que bien lo necesitas... (*Hace que se va, y vuelve*). Oyes..? Cuidado con no cantarme. (*Da algun paso como que en efecto se va, y volviendo á mirarla dice*): Mira que por esa solfa todavía te he de solfear yo.

ESCENA II.

Feliciana, y despues Fermin.

Felic. Infeliz de mí! Ni aun me permiten la inocente diversion de la música, para distraerme algun rato, si es posible, del triste recuerdo de la ausencia de Fermin. Le estoy debiendo finezas que no tienen precio. El me instruía con su conversacion: él procuraba inspirarme máxîmas de una buena crianza que me faltaba: él escogia entre estos libros los que convenian á mi edad y á mi genio, para que me sirviesen de enseñanza sus exemplos, y de deleyte su estilo. Qué pocos son los amigos, qué raros los amantes que proceden así con las personas que quieren! Ah, Fermin! Tú te perdiste, y me perdiste por ser demasiado propenso á hacer bien. Oxalá me hubieses tratado con la mayor aspereza! No hubieran conocido entonces la conformidad de nuestras almas; y vivirias todavía en esta casa... Mas para qué? Para ser testigo de la violencia con que quieren disponer de mi mano...(*Sobresaltada*). Quién viene..? (*A Fermin, que sale apresurado.*) Fermin..! Cómo te atreves á pisar los umbrales de esta tienda..?

Ferm. Vengo á que tu vista me renueve el dolor de verme separa-

do de tí.

Felic. Si mi Tio volviese...

Ferm. Quedaba poco ha en la Aduana recogiendo unos libros. Ahora llegaba tu Tia á la esquina inmediata. Yo he paseado esta calle á varias horas del dia, sin esperanza de poder entrar á verte: por señas de que no ha mucho que te oí cantar una seguidilla con aquella gracia que sueles; y en ella te quexabas de la ausencia.

Felic. No me quexaba todo lo que debo... Pero no desperdiciemos estos apreciables instantes. Mi Tio piensa casarme: no sé con quien.

Ferm. Qué noticia!

Felic. Por otro lado mi Tia tambien me ha propuesto hoy por novios á D. Silvestre, á D. Isidro, y aun al poeta D. Roque. Ya ves que, pues piensa en tres sugetos á un tiempo, no debe de haber elegido con madurez uno como corresponde, y que su fin es salir de mí quanto antes, sea quien fuere el marido. La Tia Nicolasa está siempre de esquina con mi Tio, esperando á que él diga sí, para decir ella no: yo solo quiero á Fermin; con que ya puedes presumir las disensiones que ha de haber en esta casa.

Ferm. Ambos hemos merecido siempre á tu Tio mil atenciones; y ya ves que si me ha despedido, ha sido por influxo de su esposa, que estaba mal con que nos llevásemos bien. Pero malo es que haya pensado en darte otro novio. El es hombre de teson. No; no podremos reducirle... Tu Tia es soberbia, caprichosa... Ah, Feliciana! No serás tú mia... Pero me ocurre un arbitrio, que...

Felic. Dile pronto.

Ferm. Ya sabes que tengo un primo, medianamente rico, que ha prometido no desampararme. Yo podria esta noche llevarte secretamente á su casa. Desde allí...

Felic. Eso intentas, Fermin? Eres tú aquel maestro juicioso que me enseñaba á aborrecer las locas prontitudes de la mocedad? En otro tiempo tenias buen concepto de mí; pero ya le he perdido: ya me crees capaz de consentir que me saques á hurto de casa de unos tios que venero como á padres, por mas injustamente que procedan ellos conmigo.

Ferm. Perdona, Feliciana, ó disculpa á lo menos el arrojo de un amante desesperado, que se olvida de quien eres, y de quien él debe ser. Demasiado bien has aprendido mis lecciones; y te exhorto á que no las olvides, aunque las emplees contra mí.

Felic. Ah, Fermin! Si todos los hombres procurasen como tú, que las mugeres á quienes aman se distinguiesen de las demás con inclinarse á la lectura, sería el amor escuela de ingenio, y quizá de virtud... Pero busquemos otro medio mas lícito y adequado.

Ferm. Si encontrásemos algun empeño para que volviesen á admitirme en casa... Yo estoy seguro de que habia de ganar la gracia de tu Tio.

Felic. Eso importa. Allí viene ya justamente el poeta D. Roque. Yo

le hablaré para que interceda á tu favor con la Tia.

Ferm. Y yo entretanto iré á suplicar á D. Silvestre, que vive aquí cerca, que se empeñe con el patron.

Felic. Y acaso impedirás con eso mi matrimonio?

Ferm. No; pero... qué sé yo..? Te veré, te hablaré... A Dios. Presto me traerá aquí mi amor, y el justo temor que tengo de perderte.

ESCENA III.

Feliciana y Don Roque.

Felic. Si ese temor se ha de verificar, no vuelvas.

(*Sale D. Roque distraído con un papel en la mano*).

Roque. No hay cosa que ponga á un hombre de peor humor que buscar un consonante, y no dar con él... Dios guarde á usted Señorita... Habrá por aquí un tintero?

Felic. Ahí tiene usted recado de escribir; pero, si me oyera antes una palabra, le pediria un favor.

Roque. Sí señora, Qué quiere usted? Décimas, coplas de tirana, romance, seguidillas para cantar, ó...

Felic. Nada de eso, Señor.

Roque. Si usted necesita algunos motes para damas y galanes, Años, Estrechos, estos dias he hecho unos que no les falta mas que estar impresos, y venderse en la Puerta del Sol.

Felic. Señor, óygame usted.

Roque. No tiene remedio: la he de leer á usted una glosa que he compuesto esta mañana. Atienda usted. La quarteta dice así:

Tocando la lira Orfeo,
Y cantando Jeremías,
Baylaban unas folías,
Los hijos del Zebedeo.

Qué tal? Pues ahora va la glosa.

Vino un dia Menelao,
Sobrino de Faraon,
Conducido en un Simon
Hasta el Puerto de Bilbao.
Un plato de bacallao
Le causó tal regodeo,
Que á todos dixo en Hebreo:
Vamos tomando café,
Sin embargo de que esté
Tocando la lira Orfeo.

Pero qué décima la otra que se sigue!

Al oirlo Doña Urraca,
Noble Infanta de Castilla,
Se metió baxo la almilla
Una Cruz de Caravaca.
Diéronla mucha matraca;
Y ella dixo: no en mis dias.
Qué importa á las tres Marías
Que esté, quando yo lo mando,
San Pasqual Baylon llorando
Y cantando Jeremías?

Eh? Qué le parece á usted? Vamos adelante.

Estaba allí Garibay,
Y dixo al oido á Eneas:
Calla, tonto, no lo creas;
Que todo eso es garigáy.
Con casaca verdegáy
Se apareció Zacarías,
Que al son de las letanías
Vino cantando el cumbé;
Y ellos en deshabillé
Baylaban unas folías.

Qué bien traído el pié!

Pero aquí entra lo mejor.

Saltó el Virrey del Perú;
Y arrancando su melena,
Dixo, con la boca llena
De turron y de alajú:
Dónde está mi biricú,
Mi sotana y mi manteo?
Que me voy al jubileo
A rezar por los difuntos,
No sea que duerman juntos
Los hijos del Zebedeo.

A ver! Qué la pide usted á la glosita esta?

Felic. Solo usted pudiera haberla hecho, Señor Don Roque.

Roque. No: pues aquí traygo otra obrita empezada; y poco he de poder yo, si no la acabo ahora mismo. Antes que se me vayan las especies... con licencia de usted. (*Siéntase á escribir en una mesa llena de libros*).

Felic. Señor, yo no pedia versos.

Roque. Pues á un poeta no se le puede pedir otra cosa.

Felic. Mire usted. Yo solo quisiera que usted se empeñase con mi Tia, para que al pobre Fermin, que ha salido despedido, se le vuelva á recibir en casa.

Roque. Bien está. *Borrasca, tarasca, carrasca, hojarasca...* Se lo diré á tu Tia... *Escollo, repollo, bollo, pimpollo, cogollo, meollo...* Era un excelente mozo; y creo que usted y él hacian buenas migas. Eh? Siento que le hayan echado.

Felic. Queda usted en eso, Señor D. Roque?

Roque. Sí señor; pero no me cante usted ahora seguidillas como acostumbra, porque me perturbará... *Piloto... alboroto... bergamoto... terremoto... el sutíl Escoto...*

Felic. Yo callaré, pero ahí tiene usted ya á su amigo D. Isidro, que meterá mas ruido que catorce. (*Vase*)

ESCENA IV.

Don Isidro y Don Roque.

Isid. Ola! Cómo está tan sola la tienda..? Ahí estaba usted, D. Roque..? Tenga usted muy buenas tardes... Digo..? No responde usted? El bueno del hombre, quando se enfrasca...

Roque. (*Hablando consigo propio*). *Enfrasca? Enfrasca, borrasca...* Ya le pillé. Maldito consonante!

Isid. (*Se sienta; y despues de una pausa dice*). Mire usted que si no me da conversacion, me enfadaré, y tomaré un libro.

Roque. Sí; porque eso de leer es bueno para quando uno no tiene otra cosa mejor que hacer. Bendito sea Dios, y á lo que vienen estas gentes á las Librerías! Déxeme usted escribir, Señor; y no perjudique al público, privándole de ver esta obra quanto antes... *La nave de mi pecho... barbecho, pertrecho, contrahecho...*

Isid. Con que usted no quiere decir nada de nuevo?

Roque. Amigo, acuda usted á la Gazeta; y si no ya vendrá por ahí D. Silvestre, que le contará á usted novedades, con aquella sal y aquella brevedad que acostumbra. En fin, déxeme usted trabajar, que para eso he madrugado hoy bastante.

Isid. Yo tambien madrugo. Le

parece á usted que antes de las siete de la mañana no estaba yo en el juego de trucos...? Pero óygame usted solamente dos palabras. Quiero contarle en confianza lo que acaba de sucederme.

Roque. Vaya, Señor: hable usted, que bien oygo. (*Prosigue escribiendo*).

Isid. Pues ahora he encontrado en la calle á la Tia Nicolasa; y me ha dicho... (estoy loco de contento...) que habia pensado en mí para novio de su Sobrina Feliciana... Quiere usted oirme, y no escribir..? Que todavía no tenia el sí de la chica; pero que procurase yo insinuarme con ella, y grangear su afecto con mis cariños y regalos. La tal Felicianilla me gusta como soy Isidro; y ya verá usted...

Roq. (*En tono de recitar un verso*). *Me gusta mucho como soy Isidro...* Calle, Señor: no me haga equivocar.

Isid. Qué hombre tan insociable! No merece usted que le cuenten nada... Ah! No sabe usted que acabo de ganar una apuesta? (*Saca un bolsillo, y empieza á contar doblones.*) Pero qué apuesta..! Uno, dos, tres, quatro, cinco, seis, siete, ocho... (*Prosigue contando en secreto, y* Don Roque *escribiendo. Sale* D. Silvestre *vestido á lo machucho y con baston; y el* Librero *con un mozo que trahe una banasta de libros*).

ESCENA V.

D. Roque, D. Silvestre, D. Isidro y el Librero.

Librero. Dexa ahí esa banasta, muchacho. (*Ap. á D. Silvestre.* Repito á usted, Señor D. Silvestre, lo que dias ha le he dicho, siempre que me ha hablado de sus deseos de lograr á Feliciana. Por mi parte no hay el menor inconveniente, vecino mio; pero la exploraremos antes la voluntad. Celebro que hayamos tratado del asunto; porque desde hoy quiero pensar seriamente en él.

Silv. Mil gracias, amigo mio. (*Bostezando.*) Ay, ay, ay..! Qué hora es? No sabe un hombre que hacerse. Ya van siendo largas las tardes... Ah! Ahora que me acuerdo. Cuidado, que despues (me entiende usted?) tengo una súplica que hacerle. D. Roque, aunque usted no quiera.

Roque. Quién le ha dicho á usted palabra de querer ó no querer?

Isid. Qué noticias nos trahe usted, Señor D. Silvestre? Es verdad lo que dicen de los ladrones y puñaladas que hubo anoche en el barrio?

Silv. Ya se ve que lo es. Absolutamente sé yo el caso de memoria.

Libr. Vaya usted contando, mientras yo desembanasto estos libros.

Roque. Si me dexarán escribir estos Charlatanes?

Silv. De suerte, y de manera es, Señores mios, como digo de mi cuento, que serían por ahí, por ahí, circumcirca, sobre corta diferencia, casi, casi las doce de la noche; y ya se ve, á tales horas, absolutamente, como ustedes saben, maldita el alma que se encuentra por esas calles de Cristo... Sentémonos en paz y gracia de Dios, porque, como soy de tierra, que el caso me-

rece oirse con sosiego. (*Siéntase*). Con que, amigos, en substancia... (*Tose y escupe*). sucedió que un pícaro de un ladron... Vaya, que solo Barrabas inventara tal enredo..! Pero es de advertir que lo sé todo de buena tinta... Ello es que el tunante, grandísimo canalla (Dios me lo perdone) andaba, como digo, muy embozado... Y absolutamente, amigo de mi alma, llegando á la rinconada (me entiende usted?) de una callejuela... se arrojó sin mas ni mas, como iba diciendo, á robar á un hombre: en fin, aquello que llamamos (está usted?) la bolsa, ó la vida. El, ya se ve, viéndose acometer, díxole, dice: hombre, yo, dice, no traygo alhaja de valor que usted, dice, me pueda quitar; pero con todo, dice, eso de dexarme yo acogotar, dice, no señor; y absolutamente, por vida de la Giralda, como quien no dice nada, va entonces, coge, y qué hace..? (cosa como ella!) levanta del suelo (hablando con perdon de ustedes) un guijarro... lo digo..? le sacude, zas, aquí en mitad de la frente (salva sea la parte) al susodicho ladron... No sé si me explico...

Roque. Sí, sí: tiene usted bravas explicaderas. (*Aparte*). Reniego de tu pesadez: amen.

Isid. Acabe usted.

Silv. Pues acabo. El vinagre del hombre, que (no agraviando lo presente) era un mozeton alto (mal comparado) un Sanson, un Filisteo, y como dixo el otro, un bruto (fuera del alma...) (*Toma tabaco.*) para servir á ustedes, parece á ser que agarró entonces al otro (miren qué demonio!) y por dónde? por la espalda; pero con tanta furia, y tanto aquel... No sé si usted me comprehende...

Isid. Oh! qué paciencia! Apostemos á que todo eso es patraña?

Silv. No nos interrumpa usted.

Roque. El interrumpido soy yo, pobre de mí!

Isid. Vayan diez doblonceјos.

Silv. No, amigo: ni un real de plata. No arriesgo yo por frioleras las caras de mi Soberano; y, como decia mi Avuela (está usted? siempre porfiar, pero nunca apostar.

Roque. El Señor hace uno y otro. Así me dexaran ustedes proseguir una tempestad alegórica que estoy escribiendo.

Silv. Tampoco á mí me dexan contar mi historia, que absolutamente es cosa que pasma; porque, amigos, andando en estas andanzas, ten de aquí, ten de allí, si caygo, ó no caygo, qué les parece á ustedes que sucedió? Que por lo que quiso el Angel de la Guarda, yo no sé cómo infiernos dizque se apareció por allí una patrulla... (tenga usted cuenta...) y sin mas acá, ni mas allá, como el diablo las carga, el condenado del hombre (Dios nos asista!) se abalanza con una navaja en la mano; y sea por esto, ó por lo otro, ó por lo de mas allá, lo cierto es que, sin andarse en patatas, allí no hubo mas sino que, al cabo y á la postre, él, sin respeto maldito aquel (me entiende usted?) á la patrulla... (ahorrémonos de palabras) ya se ve, absolutamente...

Pero cómo? Me alegrara que ustedes lo hubieran visto... En efecto, para abreviar el cuento...

Isid. Buena brevedad te de Dios! Ya basta, Señor. No hay quien quiera poner algo á que esa es bola? Señor D. Roque, apostemos?

Roque. Señor, soy poeta.

Libr. Dexen ustedes al Señor D. Silvestre, que él hará de todo una relacion puntual.

Isid. (*Levantándose*). Tan puntual puede ser, que no se acabe en todo el dia... Diga usted, patron: su Sobrinita de usted dónde anda? Si usted supiera lo que me gusta oirla cantar! El otro dia disputaban en el café sobre quien cantaba mejor: la del quarto principal, ó ella; y yo aposté una docena de medallas á favor de la Feliciana. Así hubiera puesto cinqüenta, cómo las habia de ganar! Con su permiso de usted, quiero entrar á verla. A lo menos, aquella es muchacha de buena conversacion, y no D. Roque, que no habla una palabra, y D.Silvestre, que nos ha molido con su cuento. (*A D.Silvestre*). No me pillará usted mas. (*Vase*).

ESCENA VI.

D. Roque, D. Silvestre y el Librero.

Libr. Señor D. Silvestre, entre usted tambien, si gusta; y empiece á observar qué tal le recibe la chica. Bien sabe Dios, quánto deseo que se incline á usted.

Silv. Yo me ingeniaré lo mejor que pueda. Entre paréntesis, hablemos de aquel empeño. Parece (me entiende usted?) que Fermin está despedido; y absolutamente es preciso que usted le reciba.

Libr. Qué no haré yo por servir á usted? Mi parienta, siempre opuesta á Fermin, es quien me ha metido en la cabeza mil cuentos contra el pobrecillo, de suerte que, para tener paz en casa, me vi precisado á despedirle. No lo merecia él; porque tiene mas honradez y entendimiento de lo que parece. En fin, me hace mucha falta en la tienda; y basta que usted interceda por él.

Silv. Vaya! que hoy absolutamente es un dia (como dicen) de hacer mercedes. El mancebo quedó (me entiende usted?) en venir aquí incontinenti á saber (como digo) las resultas de mi empeño. A Dios, hasta luego. *Haciendo que se va, y volviendo.*) Apenas haga mi visita á Feliciana, me tendrá usted aquí puntualmente á acabar el cuento del ladron. (*Vase*).

ESCENA VII.

D. Roque y el Librero.

Roque. (*Levantándose*). Aunque pierda de hacer una docena de versos, voy á hablar dos palabras á su parienta de usted, sobre cierta pretension que tengo con ella. Para obligarla á que conceda lo que quiero pedirla, la diré que es cosa á que usted se ha negado.

Libr. Al instante dirá que sí, solo por llevar la contraria.

Roque. Cuidado no me llegue nadie á estos papeles, que importa mucho, porque han de redundar en

gloría inmortal de la Poesía Castellana. (*Vase*).

ESCENA VIII.

El Librero.

Libr. Qué coplas serán estas que está escribiendo..? (*Tomando un papel de los que ha dexado D. Roque.*) Veamos por curiosidad. (*Lee*).

„La nave de mi pecho q̃e se enfrasca,
Combatida de la áspera borrasca
De mis funestos males,
Ya zozobra, y se atasca
En el fatal escollo
De desesperacion en que me atollo...
Hoy me ha dicho la Tia Nicolasa...
Qué viene á ser esto..!
Ya el discurso que sirve de Piloto,
Perdido el rumbo, admira el alboroto
De las olas y vientos...
Novio de su Sobrina Feliciana...

(*Una gran pausa*).

Qué ha puesto aquí este hombre?
Cuyos trágicos ímpetus violentos...
Me gusta mucho como soy Isidro
La tal Felicianilla...
Me alejan ya de la dichosa orilla..."

Qué guirigáy es este..? *Tia Nicolasa, Sobrina Feliciana, como soy Isidro, novio, y me gusta mucho,* revuelto todo con la *nave,* los *vientos,* el *escollo,* y el *Piloto..!* Yo no lo entiendo... Si escribirá D. Roque alguna cancion á mi Sobrina en nombre de D. Isidro..? Y mi muger anda tambien metida en la danza? Aquí hay gato encerrado. Yo me veré con ella; y la haré confesar qué embrollo es este.

ESCENA IX.

El Librero y Fermin.

Ferm. Perdone usted mi atrevimiento, ó por mejor decir, la demasiada confianza que tengo en el buen corazon de usted. Yo, Señor...

Lib. Ya me ha hablado D. Silvestre por ti; y quedas recibido en mi casa.

Ferm. Con qué podré pagar á usted?

Libr. Con proceder como hasta aquí, Fermin. Aunque mi muger te acuse, yo sé la ley que siempre nos ha tenido. No puedo dexar de conocer que mi Sobrina ha adquirido con tus instrucciones pensamientos mucho mas elevados de los que caben en personas de su esfera. A tí te debe muchas de sus habilidades, y parte de su juicio y buena crianza. Así has contribuido á su fortuna, tanto que D. Silvestre la cree digna de ser su esposa, y hoy mismo se la he ofrecido.

Ferm. A D. Silvestre?

Libr. Seguro.

Ferm. Nunca será tan dichosa Feliciana como lo soy yo en haberla servido en algo, y en merecer la benevolencia de usted. (*Fermin dexa el sombrero, y empieza á coordinar algunos libros*).

Sale D. Roque.

ESCENA X.

El Librero, Fermin, y D. Roque.

Roque. Amigo Fermin, he hablado á la Tia Nicolasa, que acaba de venir de la iglesia; y me hubo de arañar porque la dixe que recibiese á usted.

Libr. Ya está admitido, aunque mi muger no lo apruebe. Alguna vez he de ser yo amo de mi casa. Voy á decirla quatro cosas bien dichas sobre esto... y sobre otras sospechas que tengo. (*Entregando á D. Roque el papel de versos*). Señor Poeta, hágame usted el gusto de no volver á nombrar en sus coplas á mi Sobrina. (*Vase*).

ESCENA XI.

D. Roque y Fermin.

Roque. (*Reconociendo lo escrito*). Qué dice este hombre..? Ola, ola! Qué he escrito yo aquí..? Quánto va que he puesto entre mis versos parte de la conversacion de Don Isidro..? Dice bien el Librero... Pero yo me tengo la culpa, que me vengo á escribir entre habladores y gritones. (*Vuelve á sentarse*).

Ferm. Señor D.Roque, estoy sumamente agradecido.

Roque. Palmotée usted quando se represente mi tragedia; y con eso quedo pagado.

Ferm. No sabe usted bien el favor que me han hecho los que han intercedido por mí.

Roque. Ya, ya me parece que usted no puede vivir sin volver á la querencia. Todo lo merece la Feliciana. La da usted muchas lecciones?

Ferm. No soy capaz de darla todas las que su mucho entendimiento puede comprehender.

Roque. La chica saldrá aprovechada. Déxeme usted escribir; y prosiga la obra de misericordia de enseñar al que no sabe; que es uno de los setenta y dos modos de introducirse con las damas.

ESCENA XII.

Fermin, D. Roque y Feliciana.

Felic. (*Como llorosa*). A quién me quexaré..? (*Alborozada repentinamente*). Aquí estás, Fermin?

Ferm. Sí: ya me tienes de nuevo recibido en esta casa, á tus pies, gozando de esos ojos.

Felic. Solo este feliz suceso puede consolarme en el sobresalto y afliccion con que me encuentras.

Ferm. Pues qué hay? Qué tienes?

Felic. Desdichas. Mi Tio queda ahora riñendo á su esposa, por no sé qué historias suyas que ha descubierto; pero sus disensiones en nada contribuyen á nuestro amor; antes bien se confirma mi Tio en su intento con la oposicion que encuentra en ella. Algunas palabras que quise decirles, y que no me escucharon, solo sirvieron de irritarlos.

Ferm. Ah, pobre Feliciana! Ya todos te persiguen para traspasarme el corazon, para aumentar en él mi ternura, para hacerme el mas desgraciado de los hombres... Y qué he ganado yo con volver á esta casa? Asistir á tu boda con Don...

Felic. Con D.Isidro: sí. Mi Tia le ha ofrecido por su parte mi mano.

Ferm. Con D. Isidro! No, sino con D.Silvestre, de quien me ha dicho tu Tio que has de ser muger. Ya ese buen Caballero es á un tiempo mi bienhechor y mi antagonista.

Roque. Quántos opositores hay á esta cátedra?

Felic. El Señor D. Roque nos favorece; y ya que no tenemos ocasion de hablar á solas, delante de él hemos de tratar del modo de salir de este aprieto.

Roque. No han encontrado ustedes otro mas bonito para encubridor? Pero, como no me interrumpan, hablen hasta mañana á estas horas.

Ferm. A Dios, Feliciana mia. Antes me despidió tu Tio; pero ahora me despediré yo, pues me falta valor para verte padecer.

Felic. Y le tienes para dexarme en esta turbacion y peligro?

Ferm. Yo quisiera... pero no: el tiempo es corto... Voy á declararme con tus Tios, á decirles que te adoro...

Roque. Baxen ustedes la voz.

Ferm. Y á impedir las pretensiones de quantos aspiren á tu mano.

Felic. Temería que tu amor te cegase, si no conociese tu prudencia...

Ferm. Somos infelices; pero no desconfies. Escucha... Qué vocería es esta?

Roque. Si digo yo que me han de hacer escribir mil disparates.

ESCENA XIII.

D. Roque, Fermin, Feliciana, Don Isidro y D. Silvestre.

Isid. (*Sacando el bolsillo.*) Dígole á usted que no tiene razon en la opinion que defiende; y pongo cien pesos contra un real.

Silv. No sea usted tan vivo. Yo (me entiende usted?) lo he leido aquí en un libro... Vamos poco á poco... Y en substancia, quando no lo diga (está usted?) un Autor clásico, absolutamente me doy por tonto.

Isid. Pues *absolutamente* veamos ese Autor; y deposítese la apuesta en D. Roque.

Silv. (*Reconociendo un estante para buscar un libro*). Sosiéguese usted; que, como dixo allá, no se ganó Zamora en una hora. El libro es este. No hay que darse prisa, Señor...

Isid. Aquí está el bolsillo...

Silv. Para salir (entiende usted?) de la duda, no necesitamos aquí apuestas ni voces. Me parece que ha de ser en el capítulo octavo...

Isid. Pero, Señor, apostemos, aunque no sea mas que una caxa de tabaco.

Silv. Ya escampa.

(*Sale un hombre de capa*).

Homb. Señores, se vende aquí..?

Isid. Aquí no se vende nada.

Homb. La historia de Carlo-mano?

Isid. (*Echándole por fuerza, y gritando*). No señor: allá en las gradas de S. Felipe. Vaya usted con Dios.

Homb. Perdone usted, caballero. (*Vase*).

Isid. Ahora que estamos en nuestra disputa, se nos viene con Carlomano. Que se vaya enhoramala.

Ferm. Cierto que el amo tendrá buena ganancia, si se despiden así los compradores.

Silv. Quiero darle á usted con el texto...

Isid. Venga acá ese libro...

Silv. Tenga usted paciencia...

Isid. Suelte usted, Señor.

(*Forcejando D. Silvestre y D. Isidro sobre quien ha de abrir el libro, se queda este con una hoja rasgada*

en la mano á tiempo que sale el Librero).

ESCENA XIV.

Los dichos y el Librero.

Libr. Qué greguería es esta? Desde allá dentro he oido que me han echado ustedes con caxas destempladas á los que vienen á comprar libros... (*A D. Isidro*). Y de mas á mas me rasga usted la hoja de la fachada de este tomo? Voto á...

(*D. Roque, espantado de los gritos del Librero, vierte el tintero, y mancha los libros que hay en la mesa en que escribe*).

Roq. A Dios! Buena la he hecho!

Libr. Qué es eso? Tambien usted, Seo Coplista..? Ven ustedes como este hombre vierte el tintero, y me mancha una docena de libros? Por vida de... Y lo bueno es que los tenia ya vendidos.

(*Mientras el Librero riñe al Poeta, y recoge los libros manchados, D. Silvestre se sienta, saca un corta plumas, y empieza á cortar pedacitos de madera del mostrador.*

Silv. Por hacer algo probemos este corta-plumas. Ola! Pues no es de mala casta.

Libr. Oye usted, Señor D. Silvestre? No ha encontrado usted otra cosa mejor en que estrenar su navaja que el mostrador de mi tienda?

Silv. En algo me he de entretener.

Libr. (*Volviendo el rostro á Fermin y Feliciana, que están hablando en secreto*). Digo, digo, niños. Tambien ustedes? Parece que todos se burlan hoy de mí. Qué tienen ahora que hablar? Como que ya me voy enfadando.

ESCENA ULTIMA.

Los mismos, y la Tia Nicolasa que sale haciendo algunas contorsiones, y cae desmayada en una silla.

Nicol. Ay..! Ay..! Que me muero..! Confesion...

Felic. Qué la habrá dado á mi Tia?

Libr. Ya la entiendo yo el mal. Ha tomado una rabieta, porque no la dexé salir con su tema. Está desesperada porque Fermin ha vuelto á casa, y porque no la permito casar á Feliciana con quien ella quiere.

Nicol. (*Quexándose*). Ah! Tú, y esa pícara Sobrina me habeis de quitar los dias de la vida.

Roque. Oyga! Parece que no ha perdido el habla.

Nicol. (*Cobrando aliento*). D. Isidro, si ese Fermin entra en casa, ya no hay nada de lo dicho.

Isid. Cómo no? Pues qué importa que el mancebo esté ó no en la Librería? Quánto quieren ustedes apostar á que la Feliciana ha de ser mia, y no de otro?

Silv. Vamos á espacio. Su Tio, (está usted?) me la ha ofrecido absolutamente así como suena.

Nicol. Pues! No faltaba mas.

Fermin. Nadie puede negar el mérito y conveniencias de D. Silvestre y de D. Isidro; pero...

Libr. Qué mérito, ni que xácara! Ellos y D. Roque me tienen harto. No es bueno que se vienen á alborotarme la tienda, y hacer en ella mil destrozos y fechorías? Si ellos

viniesen aquí por afecto á mi casa, mirarian con mas amor mi hacienda; pero ya voy viendo que toman esto como tertulia de comodidad.

Ferm. No quisiera yo, Señor, dar á usted tambien motivo de enojo. Si usted busca quien tenga verdadero amor á usted y á su familia, bien obligado me tienen á ello los favores que le debo. Animado de estos, y temeroso de que el callar en ocasion tan crítica me cueste la dicha de toda mi vida, me atreveré á confesar á usted...

Nicol. Adónde irás á parar con toda esa letanía?

Libr. Calle, Señora, déxenos en paz... Y bien, Fermin? Qué ibas á decir?

Ferm. Que ya no es tiempo de disimular, Patron mio: que Feliciana nació para...

Nicol. Para hacerme rabiar.

Ferm. Nació para mí, y yo para Feliciana.

Roque. Le aconsejo á usted que no la meta monja. Yo soy testigo de que se requiebran.

Nicol. (*Al Librero*). No te lo decía yo? Aun por eso vino D. Roque á abogar por Fermin. Ah, traydor!

Libr. (*A Fermin*). Qué osadía es esa? Cierto que me coges hoy de buen humor. Cómo te atreves á poner los ojos en mi Sobrina, quando la tengo prometida á un hombre como D. Silvestre?

Nicol. Y quando yo la he prometido tambien á D. Isidro.

Felic. Ninguno de esos dos Caballeros querrá vivir desdichado con una muger cuyo corazon es ageno.

Silv. Por ninguna de las maneras.

Isid. Mas vale que esto se haya descubierto en tiempo; pero con todo, usted démela, que yo la haré acá á mis mañas. Apostemos á que al fin me habia de querer?

Libr. Apostemos á que yo no he de hacer sino lo que sea de razon? La propuesta de Fermin es bastante arrojada; pero necesita exâminarse.

Ferm. Señor, yo no puedo jurar á usted...

Nicol. Quítenme de delante ese mocosuelo. Qué sugeto es él para...

Lib. Poco á poco, Nicolasa. Yo quiero hacer quanto pueda para no violentar á Feliciana. Hartos Tios han sacrificado ya Sobrinas, dándolas maridos á disgusto. Es verdad que Fermin es de buena familia. Tambien es verdad...

Nicol. Tambien es verdad que no tiene ni un quarto.

Ferm. Mi primo es hombre de caudal. Movido de mis súplicas, y compadecido de mi desgraciado amor, me ha ofrecido, que quando lograse la mano de Feliciana, podíamos ella y yo ir á vivir á su casa, donde todo nos sobraría.

Libr. Eso ya muda algo de especie; pero sin embargo...

Nicol. Yo quedaria muy mal con D. Isidro.

Libr. Y no quedaria yo muy bien con D. Silvestre.

Silv. Y qué? Habia yo de casarme con nadie (entiende usted?) por fuerza? Miro yo un poco mas (que digamos) por mi comodidad. Qué

le parece á usted? No hemos quedado lucidos? Absolutamente me ha pegado un chasco mediano el tal Fermin, despues que he intercedido por él.

(*Tomando el baston, y poniéndose el sombrero*).

Vámonos de aquí, D. Isidro.

Isid. Yo tambien renuncio la novia, ya que la Tia Nicolasa ha venido á brindarme con ella quando la inocentita ya habia buscado su vida. Apostemos á que el amigo D. Silvestre lo siente mas que yo? D. Roque, no volvamos mas á esta casa.

Roque. Lo mas que yo puedo hacer, si están ustedes contra el amo de ella, es sacar al teatro en el primer Saynete que haga un Librero impertinente como él.

Nicol. Sí, Señor D. Roque: hará usted una obra de caridad, y saque usted tambien al tablado una muchacha que todo el dia está cantando como Feliciana, y un muchacho metido á doctor, que siempre está leyendo como Fermin.

Libr. La música y la lectura tomadas con moderacion son virtudes. En fin, Señores:

(*A D. Silvestre y á D. Isidro*).

yo he procedido bien; y no tengo la culpa de que mi Sobrina no pueda ser de uno ni de otro. Y en este caso...

Nicol. Algun desatino irás á hacer.

Libr. Déxame hablar, Nicolasa... Yo no tengo que andar en contemplaciones con nadie. Señor D. Isidro, á las Librerías se viene por libros, no á destruir la hacienda del pobre Librero, ni á despedir á los que llegan á comprar. Señor D. Silvestre, el mostrador de mi tienda me ha costado mi dinero. Si usted quiere partir leña, tome una hacha, y al monte. Señor D. Roque, ni este es parage destinado para escribir coplas, ni es razon mancharle á uno de tinta las alhajas de su casa. Desde hoy en adelante conoceré lo que sacamos los Libreros de consentir en nuestras tiendas á gente sin ocupacion. Desengáñense ustedes: las Librerías no son cafées, ni casas de juego, donde hay licencia de gritar y hacer apuestas, sino concurrencias propias de las pocas personas que hay eruditas y sabias. Señora parienta, aquí yo soy el que mando; y ya he tomado mi determinacion. Si usted tiene tema con Fermin y con la chica, tanto peor para usted, que los verá ahora casados por muchas razones que tengo para ello. Sobrinos mios, vivireis en mi casa; quanto tengo será para vosotros; y os deseo mil felicidades.

Ferm. (*Echándose á los pies del Librero.*) La principal, que es la de nuestro matrimonio, la debemos á la prudencia y bondad de usted.

Nicol. Marido, es imposible que tú puedas hacer cosa buena. (*Vase*).

Ferm. Aunque se vaya ahora enojada, nosotros sabremos aplacarla con nuestro perpétuo rendimiento.

Silv. Absolutamente usted ha hecho una brava alcaldada; pero ya me echará usted menos quando se trate (entiende usted?) de tener di-

vertida la tienda con novedades. Solo por eso se ha de quedar usted sin saber el fin del cuento del ladron. *(Vase).*

Isidr. (Al Librero.) Usted se ha perdido de ganar la apuesta que yo hacia á que Feliciana habia de ser mi novia; pero ese dinero mas me llevo en el bolsillo. *(Vase).*

Roque. (Recogiendo los papeles que tiene sobre la mesa). Si usted hubiera pensado en darme por esposa á su Sobrina, yo la hubiera inmortalizado con mis versos; pero ya que usted me echa de su Librería, no ha de tener la gloria ni la utilidad de vender mis obras.

(Hace que se va; pero vuelve, y exclama con estos versos.)

O Musas del Parnaso! es cosa fuerte
Que traten á un Ingenio de esta suerte! *(Vase).*

Felic. Ahora sí que podré cantar á mi sabor.

Ferm. El placer de vernos unidos convertirá en festiva tu música que poco ha era triste.

Libr. Muchacha, siempre que te lo pida el cuerpo, canta; que mas quiero ver la tienda alegre, que alborotada con los gritos y porfías de esta gente.

(Feliciana canta una seguidilla.)

FIN.

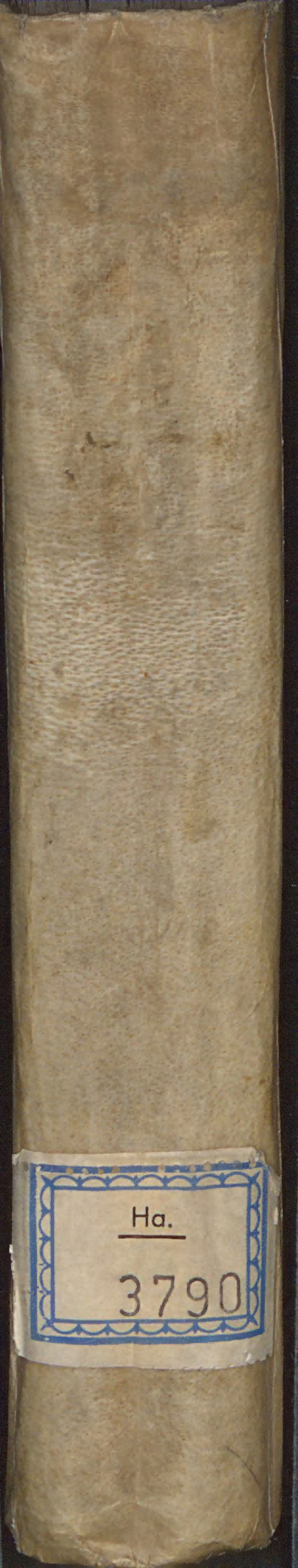


CON LICENCIA:

VALENCIA: EN LA IMPRENTA DE MARTIN PERIS. AÑO 1817.

Se hallará en la librería de la Viuda de Josef Carlos Navarro, calle de la Lonja de la Seda; asimismo un gran surtido de Comedias antiguas y modernas, Tragedias, Autos Sacramentales, Saynetes y Unipersonales.




Ha.
3790